

Año 1949
21 mayo

(51)

20

AR e

A VERA NOROVNA, EN SHANGHAI

ES a usted, mi querida amiga Vera Norovna, a quien escribo. Le escribo hoy—a la vista de las últimas noticias—, en la confianza de que mi carta llegue hasta sus manos porque el sello de correos tiene todavía un poder taumaturgico en este mundo convulsivo en el que vivimos y es como un silencioso gnomo, débil y omnipotente a la vez, que abre las más difíciles puertas. ¿No será difícil de abrir la última, aquella de su villa de la Concesión francesa, desde cuya alta azotea se divisaba el Yangtsé tan pavimentado de embarcaciones de varia catadura como de hojas de loto los canales de la ciudad prohibida de Pekin? Pues seguro estoy de que el sello de correos la abrirá, porque la energía de esa estampa de papel es inverosímil; su porfía, incalculable; su habilidad, sin rival, y no hay gonzúa como la de su impavidez ni autoridad que se le iguale, y porque a volandas en su diminuto y mágico tapiz, todo mensaje alcanza su destino. ¿Se le entregará uno de sus viejos y silenciosos servidores, como los que se deslizaban entre sus invitados, con una fantasmal eficacia; a punto las sopas increíbles, los raros pescados, las exóticas aves, la noche en que usted fué tan amable de recibirnos a aquel grande e inolvidable mosquetero que se llamó Perico Igual y a mí, hace hoy, casi exactamente, ocho años? ¿O ese servidor y los otros habrán huído y estará usted sola, inerte, en la ciudad desfavorida, circundada ya por las detonaciones de la batalla próxima? No lo sé, mi querida y delicada Vera Norovna, y hago votos por que no sea así, y por que la aventura se le muestre propicia y blanda. Pero yo le escribo porque de aquella velada conservo la memoria de unas palabras suyas que me impresionaron mucho y que exhumo hoy. ¿A que usted las olvidó ya? Nos contaba, graciosa y armoniosamente, los azares de los primeros años de su vida. Habitaba en Moscú, niña todavía, cuando estalló la primera guerra. La revolución empujó a usted y a los suyos por los caminos de Siberia. Mukden fué la primera ciudad—Dairen, después—en la que se consideraba a salvo. Ya Shanghai no estaba tan distante. Y en Shanghai comenzó, con su adolescencia y su juventud, la etapa de mayor brillantez de su vida.

—¿Le gustaría volver a su punto de origen? ¿Sueña con recobrar Moscú, la Patria en suma?—le pregunté yo. Entonces usted, Vera Norovna, sonrió, casi sin tristeza, y me dijo: —No; aquello está perdido para siempre.

Yo había conocido rusos blancos en mil diversos lugares de la tierra. No ya en Europa, donde hasta en las come-

dias de "boulevard" se les llevaba y traía, sino en América, y, de especial modo, en ese país infinitamente tierno que se llama Chile, al que con cíclicas intermitencias se me van los más irremediables suspiros, y poco antes de nuestra amistad, en Harbin mismo, en pleno Manchukuo, por donde usted pasaba rumbo a Shanghai, agrupados con la simpatía de los japoneses, en formaciones seudomilitares, con su sede social, medio casino, medio cuartel—retratos de los Zares, iconos, imperiales estandartes—y tantos los unos como los otros conservaban, mi bellísima amiga, a despecho de la distancia y de los años, la nostalgia y la fe.

Usted, Vera Norovna, en los postres de aquella comida exquisita, me habló con palabras de las que esos sentimientos estaban ausentes. Y mis oídos, vírgenes a tanto desánimo, las registraron con extrañeza. Y en mi espíritu hicieron una mella profunda. En los días sucesivos yo las cotejé con las de otros amigos rusos de Shanghai y las vi, sin grandes diferencias, reproducidas. Los rusos blancos de Shanghai estimaban que eran irrealizables sus sueños, se los raían del alma y hacían frente a las exigencias de su hora, en aquella ciudad sin dioses lares y sin bandera, patria de sí misma, frío y fabuloso albergue de todos. ¿Lo presentía usted ya, Vera Norovna? ¿Adivinaba la historia de los nueve años pasados desde entonces? ¿El término de la guerra, la codicia y el poderío soviéticos, catapultados sobre la inmensidad de la China, y, al fin, Shanghai, vencido por los tanques y los cañones y los aviones de Stalin?... Certera adivinación, Vera Norovna...

Ahora, en la trágica perspectiva que para su vida se abre de nuevo, si la evoca, se reafirmará en ella. Tenía usted, y era, nada más, 1940, toda esperanza perdida. Hoy, 1949, se advierte bien que estaban sus temores justificados.

"Los bárbaros, cara Lutecia" y, por

analogía, "los bárbaros, rutilante, múltiple, apasionante Shanghai". He ahí

otra zona de esta tierra, ya pequeña, que se niega, para lo sucesivo, al pasaporte civilizado. Es a la inversa de Kitege, manes de Rimski Korsakoff... Porque a Kitege le defendió la niebla divina del fuego de los tártaros... La niebla, sin embargo, cae sobre Shanghai, como antes sobre Varsovia, y Praga, y Bucarest, y Viena, y Budapest, pero no para libertarla, sino para hacer más impune su esclavitud. Lo grave es que tras esa niebla queda usted, Vera Norovna, y esto hace un duelo más amargo. De la ciudad, me despidió, íntimamente persuadido de que no retornaría a sus confines, y por ello apliqué el patrón romántico al ceremonial de mi adiós y permanecí, fiel a su horizonte, en la toldilla de "Husimi Maru", hasta que su último perfil lo devoró la lejanía. Por eso, también, la recorrí ávidamente, febril, de Norte a Sur y de Este a Oeste durante mi estancia en ella, la Kodak del corazón, que es del único que depende el que las vacaciones se ganen o se pierdan, avizorada a toda sorpresa y pronta a registrar cuanta imagen notable le saliera al paso. Si resulta ya singular llegarse una vez a Shanghai desde este Madrid familiar y callado, dos, es casi imposible... Presumía que no iba a serme fácil el retorno. Pero a usted, sí, Vera Norovna, supuse que la reencontraría en algún sitio y esa seguridad quise que nuestro último apretón de manos nos infundiera recíprocamente. Empiezo a temer que millones y millones de soldados pongan ciertas dificultades para que la vuelva a ver, y que, del mismo modo, den triste cristalización a sus amargos augurios, esos augurios que el 21 de junio de 1941, creí que derribaban por tierra millones y millones de soldados también, aunque de distinto signo, parecieran, por un momento, a ventar.

¿Adiós, pues, Vera Norovna? ¿Ya es Shanghai un bajel gigantesco que la piratería apresa, desvalija y desguaza? ¿Lloraremos en su honor los mismos estúpidos y estériles funerales que otros pueblos nos

merecieron? ¿Dónde, el firmamento ennegrecido de pólvora y presagios, cauce para el vuelo de aquella paloma que llevaba en el pico una brizna de hierba y anunció así, en el Arca, que decrecían las aguas? ¿En ningún sitio, dulce y lejana amiga mía? Ah, tiempos, tiempos crueles en los que la razón parece ayudar al desaliento y ponerse del lado de todo pesimismo... Pasad pronto. Que sintamos el hartazgo de vuestra negrura y nos urge la hora de la resurrección.

Joaquín CALVO-SOTELO